

Crónica literaria

“Fénix de madrugada”

Por Sara Vial



Miguel Arteche, el poeta de la siempre bienvenida transparencia, publica este año un nuevo libro, “Fénix de madrugada”. Al abrirlo sus alas vuelven a iluminarnos, a despertar en nosotros, desde la aparente ceniza en que dormía el ave, la suave llama que lo mantiene encendido como una lámpara.

Ochenta y seis poemas integran el volumen del autor de tantos y bellos libros que dieron perdurabilidad ya clásica a su nombre: **Destierros y tinieblas y noches**, sin olvidar el primero, **Invitación al olvido**, publicado en 1947. Maduro ya para el Premio Nacional de Literatura, Miguel Arteche pertenece a esa clase de creadores que labora a media luz entre su palabra y el tiempo, la proximidad y la lejanía.

La verdad es que encarna tan singularmente lo que en verdad es, o debe ser, un poeta, que al estar cerca de él, pudiera esperarse perfectamente verlo desaparecer de pronto en el aire, como si sus poderes fueran muy superiores a

los que consiente en dejar entrever. Hace pocos días hemos estado unos momentos en el ámbito intemporal de su jardín, al fondo del cual está su biblioteca, el escritorio donde escribe y el mágico juego de ajedrez, cerca de la entrada, como en espera de alguien. Y fue exactamente como si esta escena la hubiésemos visto en un cuadro o hubiera acontecido en un libro, que es donde, para los poetas, acontecen verdaderamente las cosas.

Pues allí, en su libro, está después de todo esa **Muchacha ajedrecista muerta** a la que el poeta ajedrecista convoca. Quizás fue su propio fantasma el que me hizo creer que yo sólo ima-

ginaba lo que veía; era ella la que pretendía borrar con su dedo de niebla las figuras de ajedrez que componen, después de todo, lo que llamamos realidad.

“Llueve sobre el verano del tablero/ en blanco y negro llueve sobre ti/. Nadie controla tu reloj, te espero/ para jugar allí/. ¿Tú mueves o yo muevo? Quién lo sabe/ Quién sabe si allá juega o juega aquí/. De pronto tu tablero es una nave/ que te lleva y nos lleva hacia un jardín/. Hacia un jardín remoto de caballos/ que inmóviles nos miran, y a un alfil/ que negro lanza rayos, rayos, rayos/ y hace mil años que está de perfil./ Hacia un jardín remoto de tres torres/

donde una dama blanca va hacia ti/ te llama a ti y tú hacia ella corres/ y no hay en ella fin./ Donde un peón ha roto ya los sellos/ y te ciñe las sienes de marfil/ y un rey recoge ahora tus cabellos/ para cubrir con ellos su país./ Hacia un jardín remoto al mediodía/ donde el agua se tiende en su dormir/ y ya no hay sed y nunca hay todavía/ y hay un árbol de sol en el jardín...”

Se sigue leyendo a Miguel Arteche con la fe misteriosa que entrega la poesía verdadera y que a lo largo de los poemas de su último libro, se siente fluir, entera y clara, alta en su claridad y en su corriente. Se aprende de ella, y ojalá la lean los jóvenes, la sondeen y la estudien, para no equivocarse el paso, para no marearse con la jauría, o sucumbir ante la mueca innecesaria.

Arteche, como Machado, está mostrando el camino.

“Esa casa no está, pero regresa/ como regresa el viento memorable/ el lápiz tierno y la perdida mesa...”